

De la poesía

Andrea Cote

Poema

Y si la escritura fuera el cuerpo
y sonara
y galopante.
Y si el cuerpo cayera libre en el deseo
y ahuecara la escritura
y al través las lloviznas escanciaran
palabras para vivir.
Y si yo acudiera
como para coger la inquina de los días
y no merecerla,
entonces
yo escribiría a gritos.

De la poesía

La poesía es conmoción, una palabra que invoco en dos acepciones: *conmoción*, que es efecto certero contra la indolencia, que interrumpe el trasegar desatento ante esas cosas pequeñas, anodinas, aquellas en las que a menudo la vida guarda su hondura. *Conmoción*, que es poesía, por repentino temblor y casa de asombros.

Pero la poesía es conmoción, también, porque se mueve al *otro*, con *otro*, y porque ella emprende siempre el viaje de regreso a lo humano; esto es, al saber que compartimos. La comunicación poética no se basa en la invención, sino en el reconocimiento.

*

El poema es hermano gemelo de la fotografía, ambos anidan en el *instante*. La aspiración fotográfica es la de hacer un corte en el tiempo,

uno a partir del cual el elemento excluido se haga particularmente visible. Ambas experiencias son resistencia ante la muerte, y en algo nos consuelan de esa circunstancia. Por su batalla con la finitud, lo poético y lo fotográfico me recuerdan siempre las palabras que dijera Augusto Roa Bastos: “Escribo para que al miedo de la muerte no se agregue el miedo de la vida”. Como la fotografía realista, el poema es también un pacto de lectura que supone un diálogo directo con la realidad; quiero decir, aun cuando ambas expresiones son susceptibles de producir simulacros, mentiras y fabulaciones, a ellas acudimos para sentir una emoción no-ficcional.

*

El poema es en gran parte una experiencia erótica; esto, en tanto erotismo se defina como una forma de elevación de la experiencia puramente material del cuerpo que se prolonga en una suerte de *más allá* de lo biológico. El poema es erótico en cuanto hace al cuerpo prolongarse: cuerpo físico y cuerpo del lenguaje. En palabras de Octavio Paz en *La llama doble*, “Erotismo y poesía: el primero es una metáfora de la sexualidad, la segunda una erotización del lenguaje”.

Andrea Cote Botero ha publicado los libros de poesía: *Puerto calcinado*, *Cosas frágiles* y *Chinatown a toda hora*, y de ensayo: *Tina Modotti. Una fotógrafa al desnudo* y *Blanca Varela o la escritura de la soledad*. Se desempeña actualmente como profesora universitaria. Escribió estos textos para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

Sobre la entrevista (divagaciones contra natura)

Ana Cristina Restrepo Jiménez



Adolfo Bernal. De la serie *He was here, teach me how, señal*. 1987. Impresión tipográfica sobre papel. 35 x 100 cm. Archivo del artista. Cortesía Familia Bernal Henao

4

Pocas actividades son tan riesgosas como aquellas que se consideran “naturales” en el ser humano: caminar, comer, respirar o conversar. Todo tiende a empeorar cuando a dichas acciones se les otorga un carácter meramente funcional y mecánico, casi inconsciente, sin acato a la forma de su ejecución: caminar para desplazarse, comer para saciar el hambre, respirar para no ahogarse...

Sólo cuando vemos a alguien que “para el tráfico” a su paso, cuando probamos un plato preparado con el ánimo de provocar, o sentimos el bienestar después de inhalar y exhalar profundamente, comprendemos a cabalidad que lo “natural”, además de atención, requiere intención (de la cual hablaba Ryszard Kapuściński).

“La lectura hace al hombre completo; la conversación lo hace ágil, el escribir lo hace preciso”, dijo Francis Bacon. Si se piensa en términos periodísticos —e intuimos que el filósofo británico incluye la escucha cuando alude a la “conversación”—, esa frase es un manual abreviado del entrevistador...

La entrevista periodística suele ser asumida como una simple conversación: una destreza de carácter social; otra competencia lingüística, como leer, escribir y escuchar. Y no, no lo es. Como la buena escritura, las entrevistas que fluyen con más naturalidad son aquellas que esconden un trabajo exhaustivo. Son pura filigrana. Nada es tan artificioso como un texto bien escrito o una entrevista bien dirigida. ¿Dirigida? Sí. Cuando alguien acepta ser entrevistado, la entrevista le pertenece; una vez comienza el diálogo, el entrevistador es el dueño. La entrevista periodística es un sutil ejercicio de dominio del curso de la conversación (que no de la palabra), en el cual las ideas fluyen al ritmo de la batuta de un solo director: quien entrevista.

No es extraño entonces que la entrevista periodística desnude tanto al entrevistado como al entrevistador; baste citar *Un hombre* de Oriana Fallaci. Aquella premisa de permanecer como un observador invisible en el texto, desaparecer, tan conveniente en la escritura de crónicas, presenta sus bemoles en el caso del género

de la entrevista: su ejercicio demanda un pulso constante entre quienes intervienen en ella. El entrevistado suele hablar por sí mismo (a menos que represente a una institución o responda bajo presiones externas), mientras que el entrevistador habla en nombre de la colectividad que son los lectores y de su derecho a la información, al placer de conversar con un personaje “lejano” por su accesibilidad, posición social, política o geográfica, qué sé yo.

(Un énfasis al margen: los buenos entrevistadores no son necesariamente periodistas. Sean Penn en su encuentro complaciente con El Chapo Guzmán no es paradigma de periodismo para nadie. Juan Gabriel Vásquez frente a Jonathan Franzen, sí lo es).

La entrevista es una película cuyo guión se prepara con cuidado, pero se desacata, con atención a mínimos giros de la charla. La improvisación es una habilidad tan necesaria en el entrevistador como el dominio de la gramática de la conversación, de sus pausas, silencios (parciales y definitivos) y acentos.

Ancestralmente se ha considerado el habla como una habilidad femenina; no obstante, hubo una época en la cual el género epistolar, la escritura, les permitió a las mujeres profundizar conversaciones y pensar ciertos asuntos con detenimiento (Gabriela Mistral y Victoria Ocampo), y explorar los terrenos de lo prohibido (Virginia Woolf y Lady Nicolson, Georges Sand y Alfred de Musset...).

Es probable que esas conversaciones premeditadas, estudiadas, intencionales, pausadas y en varios episodios (la entrevista de perfil requiere inmersión), que llamamos “entrevista periodística” vayan contra la naturaleza misma del habla. Lo cier-



Adolfo Bernal. S.O.S. 1983. Intervención urbana. Fotolitografía. 30 x 80 cm. Archivo del artista. Cortesía Familia Bernal Henao

to es que algo de aquellas vigías del buzón, mujeres que aguardaban un sobre arrojado bajo su puerta, palpita en quienes dedicamos nuestra vida a escribir entrevistas.

Ana Cristina Restrepo recibió en 2015 el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría de Entrevista en Periodismo Escrito por su entrevista “Carlos Gaviria Díaz: pensamiento, palabra, obra y omisión” publicada en la *Revista Universidad de Antioquia* (n.º 316, abril-junio de 2014, pp. 73-86). Periodista, escritora y docente universitaria, es autora del libro *Página en blanco*, y coautora de *Dos tintas: ejercicios de investigación en Humanidades*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.